



RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes



Universidad
Nacional
de Quilmes

Gilman, Claudia

El intelectual como problema : la eclosión del antiintelectualismo latinoamericano de los sesenta y los setenta.



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Gilman, C. (1999). *El intelectual como problema: la eclosión del antiintelectualismo latinoamericano de los sesenta y los setenta*. Prismas, 3(3), 73-93. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/2687>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

El intelectual como problema

*La eclosión del antiintelectualismo latinoamericano
de los sesenta y los setenta*

Claudia Gilman

Universidad de Buenos Aires

1. La constitución de un campo o un “partido intelectual”: el toque de reunión

La consagración de la novela de Gabriel García Márquez, *Cien años de soledad*, es un síntoma de la efectividad de la comunidad intelectual latinoamericana, un campo deliberadamente consolidado entre 1959 y 1967, para colocar una obra en las más altas cumbres de la consideración, constituyendo el fenómeno de consagración horizontal más importante de que se tenga noticia en el continente.¹ Y sin embargo, hay todo un mito sobre el “inesperado” suceso de la novela de García Márquez, cuyos primeros ocho mil ejemplares publicados por Editorial Sudamericana se agotaron en pocos días y que, en noviembre de 1967 (cinco meses después de su salida a la venta), seguía al tope de los más vendidos. Según la leyenda, Paco Porrúa, entonces director literario de la editorial, recibió, junto con el manuscrito terminado en abril de 1967, una nota del autor que le sugería olvidarse de su novela si acaso le disgustaba.

¿Podía Paco Porrúa o algún otro lector estar mal dispuesto a esa lectura? Probablemente no: hasta se puede establecer la crónica de un éxito anunciado. En 1964, Ángel Rama se encontró en México con García Márquez, quien lamentaba la falta de difusión de su obra en el continente y le ofreció realizar una campaña para revertir esa situación. “Fue así que pasé a ser editor en Arca de la tercera edición de *La hojarasca* que, como se ve, estaba destinada a ser sostenida empecinadamente por la crítica”, rememora.² Y fue, sin duda, sostenida también por el propio Rama en su doble función de editor y crítico de *Marcha*, una de las publicaciones de mayor alcance continental. Ese mismo año, Rama presentó a García Márquez al público uruguayo y, por añadidura, a todos los lectores latinoamericanos de *Marcha*.³

¹ Si ninguna otra novela del período alcanzó tanta celebridad, ese fenómeno puede explicarse también desde el punto de vista del campo intelectual, que comenzó a plantearse una nueva agenda y nuevas preocupaciones poco tiempo después de la aparición de esa novela. Como constataba posteriormente Ángel Rama, ninguna obra o autor aparecido en los sesenta había conseguido imponerse en el mercado consumidor internacional. Cf. “El boom en perspectiva”, en Ángel Rama (ed.), *Más allá del boom: literatura y mercado*, Buenos Aires, Folios, 1984, p. 97.

² Cf. Ángel Rama, “La imaginación de las formas”, en *La riesgosa navegación del escritor exiliado*, Montevideo, Arca, 1995, p. 47.

³ “García Márquez, gran americano”, *Marcha*, No. 1193, 7 de febrero de 1964.

Además, aparentemente por sugerencia de Carlos Fuentes, Luis Harss dedicó a García Márquez un capítulo de su libro *Los nuestros*, publicado en castellano en 1966 y que era, en realidad, una antología de “grandes consagrados”. La presencia allí de García Márquez no deja de ser curiosa: su participación es la única en la que importa más el proyecto futuro que la trayectoria.⁴ *Cien años de soledad* fue conocido en borradores por muchos de los más influyentes escritores y críticos del momento, y fragmentos de la novela se publicaron como anticipo en las principales revistas latinoamericanas, lo que no era una práctica corriente: *Mundo Nuevo*, la peruana *Amaru*, *Marcha*, *Primera Plana*, publicaron fragmentos de la novela inédita. En agosto de 1967, Miguel Otero Silva presentó a García Márquez, que asistía entonces al XIII Congreso de literatura hispanoamericana, en Caracas, como el autor de “un prodigio (cuyos originales habían sido mostrados a todo el mundo) que lo situaría *definitivamente* en primerísimo plano dentro de la novelística latinoamericana”.⁵ De modo que la novela *mostrada a todo el mundo y aprobada por todo el mundo* tenía casi garantizada su consagración. La felicidad con que se integró a una de las más potentes reflexiones estéticas sobre el arte narrativo latinoamericano (lo “real maravilloso” presagiado y programatizado por Carpentier en el prólogo a *El reino de este mundo*) y la oportunidad única del momento de su aparición, con un campo intelectual consolidado, hicieron de *Cien años de soledad* un prototipo textual. Sin embargo, antes que eso, la unanimidad de la consagración afirmó la existencia a pleno de un sistema de relaciones personales de la literatura latinoamericana.

¿Cómo se llegó a la conformación de un frente tan poderoso? Como resultado de las innumerables coincidencias en torno a cuestiones estéticas e ideológicas, uno de los fenómenos más importantes del período fue la constitución de un campo intelectual latinoamericano, que atravesó las fronteras de la nacionalidad y que encontró en la Revolución Cubana un horizonte de aperturas y pertenencia. La “ciudad letrada” latinoamericana produjo y fue sensible a lo que Zygmunt Bauman denomina el “toque de reunión”, que nucleó tradicionalmente a los intelectuales. Así, la convicción de una identidad común basada en América Latina fue correlativa de la constitución de un campo empírico de intervención a partir de la sociabilidad.

Benedict Anderson define lo que une a los miembros de una nación como una comunidad creada sobre la base de la imaginación.⁶ Los miembros de esa comunidad no se conocen entre sí, pero en cada uno de ellos está presente la imagen de su comunión. Dado que me interesa desarrollar los fundamentos que hacen a una cohesión grupal de individuos cuya cantidad excede las posibilidades de conocimiento y vínculo personal, la noción de comunidad imaginada es útil para aplicarla a la comunidad intelectual latinoamericana de los años sesenta y setenta. La dinámica que se estableció entre las revistas culturales latinoamericanas y los encuentros personales entre críticos y escritores que colaboraban en ellas permite tanto postular la existencia de una comunidad intelectual que se formó sobre la base de la imaginación, creando un sentimiento de pertenencia y afinidad, como también hablar de una comunidad, más estrecha, surgida del contacto personal, que reforzó y “objetivizó” el carácter comunita-

⁴ Cf. “García Márquez, o la cuerda floja”, en Luis Harss, *Los nuestros* (1966), Buenos Aires, Sudamericana, 1969 (3a ed.), pp. 381-419.

⁵ Cf. “Los novelistas y sus críticos (en el XIII Congreso Interamericano de Literatura)”, *Papeles*, No. 5, noviembre-diciembre de 1967-enero de 1968, pp. 66-67.

⁶ Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo* (1983), México, FCE, 1993, pp. 23 y 24.

rio. Se podría hablar incluso de una familia intelectual latinoamericana, término que está lejos de ser inapropiado y que fue el utilizado por *Primera Plana* para titular una nota sobre la obtención del premio Biblioteca Breve por parte del venezolano Adriano González León: “Otro pariente para la familia”.

La comunidad intelectual se caracterizó por anudar una fuerte trama de relaciones personales entre escritores y críticos del continente, lo suficientemente poderosa como para producir efectos tanto sobre las modalidades de la crítica profesional como sobre las alianzas y divergencias e incluso consagraciones literarias.⁷ Nuevas solidaridades y rechazos fundados, además, en una posición donde la lógica de la amistad o de la intimidad se complementaron con el crecimiento de la importancia institucional de la figura del escritor. Las revistas subrayaron circuitos que estaban ya presentes en los libros y arraigados en el conocimiento personal: Carlos Fuentes dedicó a Wright Mills *La muerte de Artemio Cruz*, *Cambio de piel* a Cortázar y Aurora Bernárdez, a García Márquez su relato “Fortuna lo que ha querido”. García Márquez sin duda agradeció los muchos favores recibidos por medio de las menciones a colegas y personajes que pueden leerse en *Cien años de soledad*. Benedetti dedicó su poema “Habanera” a Retamar; Donoso, *El lugar sin límites* a Rita y Carlos Fuentes; René Depestre, sus “Memorias del geolibertinaje” –capítulo de *Autobiografía en el Caribe*– a Debray; Viñas, a Vargas Llosa, a Walsh y a del Peral, sus *Hombres de a caballo*; Gregorio Selser, a Carlos Fuentes su libro sobre la Alianza para el Progreso.

Desde 1960 en adelante existieron varios intentos por organizar e institucionalizar una comunidad intelectual latinoamericana, en un sentido a la vez gremial y político, a través de una serie de encuentros de escritores. El 17 de enero de 1960 se realizó el Primer encuentro de escritores americanos en Concepción, Chile. En un artículo escrito para el diario *Clarín*, Ernesto Sábato, uno de los asistentes al encuentro, comentaba la politización generalizada que animaba a los latinoamericanos. Por su parte, el escritor uruguayo Carlos Martínez Moreno relevó en aquella reunión la insistencia en la queja sobre la falta de conocimiento mutuo entre los escritores latinoamericanos, situación que ese tipo cada vez más frecuente de encuentros se estaba ocupando de revertir.⁸

La queja por el desconocimiento mutuo entre autores y productos artísticos del continente obró como un llamamiento para que esa situación se revirtiera, fue el repique de la campana que llamaba al “toque de reunión”, que canalizaba la voluntad de un ideal asociativo. Tanto las revistas como el proyecto de creación de una sociedad latinoamericana de escritores hicieron posible la desaparición de las razones que motivaban ese lamento.

Mientras el tópico del desconocimiento recíproco seguía desgranándose en múltiples quejas, la constelación familiar propiciada por los encuentros contribuía a ponerlo por escrito pero también a hacerlo menos verdadero. Poco a poco empezaban a conocerse. Entre el 15 y el 27 de enero de 1962 la Universidad de Concepción organizó en Chile el Congreso de Intelectuales, que formó parte del Ciclo “Imagen del hombre en América Latina”, realizado en el marco de la VII Escuela Internacional de Verano dirigida por Gonzalo Rojas.⁹ De ese mis-

⁷ Según Monegal, en 1967 “las dos estrellas de la novela García Márquez y Vargas Llosa aún no se conocían pero se intercambiaban cartas. Mario ha sido uno de los promotores más constantes de *Cien años...*”. Cf. “Diario de Caracas”, *Mundo Nuevo*, No. 17, noviembre de 1967, p. 8.

⁸ Cf. “Escritores de América en Concepción”, *Marcha*, No. 996, 11 de febrero de 1960.

⁹ En el que intervinieron, entre otros, Pablo Neruda, Arguedas, Roa Bastos, Carlos Fuentes, Claribel Alegría, Alejo Carpentier, José Miguel Oviedo, José Bianco, Emir Rodríguez Monegal, Roberto Fernández Retamar, Thiago de

mo congreso derivaron, además, firmes amistades personales y admiraciones literarias. Allí tomaron contacto por primera vez Carlos Fuentes y Emir Rodríguez Monegal, como lo recordarían más tarde ambos en la primera entrega de la polémica revista *Mundo Nuevo*.

Entre el 21 y el 30 de enero de 1965, se realizó en Génova un coloquio auspiciado por el *Columbianum*, organismo cultural con sede en Génova, que, preocupado por cuestiones latinoamericanas y producto del *aggiornamento* eclesiástico, combinaba el cristianismo con la cuestión social. Rama describió el encuentro como un diálogo “pluriideológico” entre marxistas, católicos, conservadores e independientes de izquierda (con la ausencia de representantes de la derecha liberal). En la declaración de Génova, se proclamó la existencia de América Latina como unidad más allá de la diversidad y se consideró la Revolución Cubana como el acontecimiento central de los tiempos.¹⁰

Ya no importaba que se declamara el propósito de crear la comunidad latinoamericana de escritores. De hecho, estaba funcionando a pleno. Y una de sus sedes neurálgicas era La Habana. De los posibles deslizamientos de la memoria y los fraudes del recuerdo, una afirmación de José Donoso parece atravesar incólume todos los datos de archivos y fuentes. Es la referencia a la relación entre la comunidad intelectual y la causa cubana.¹¹ Cuba, la “Roma antillana”, como la denominó Halperin Donghi, fue el epicentro de la formación de la familia intelectual latinoamericana de los años sesenta, lo que dio sentimiento de unidad a la familia intelectual: la Isla fue la gran anfitriona del mundo letrado.¹²

Además de la intensa vida literaria que se desarrolló en Cuba, hubo allí una serie de importantes encuentros tercermundistas, de los cuales la conferencia Tricontinental fue por cierto el más emblemático. Por otra parte, de esa conferencia había surgido la idea de constituir con las veintisiete delegaciones de América Latina una organización propia, la OLAS (Organización Latinoamericana de Solidaridad). Entre el 31 de julio y el 10 de agosto de 1967 tuvo lugar la Reunión de la OLAS, presidida por Haydée Santamaría, directora de la institución Casa de las Américas. Los documentos públicos de la polémica reunión establecieron dos puntos centrales de la agenda: primero, que la lucha armada era la única vía de la revolución, y segundo, que Cuba debía considerarse vanguardia de la revolución latinoamericana.¹³ Contemporáneamente con la conferencia de la OLAS, se realizaron, para conmemorar el aniversario del 26 de julio, esplendorosas fiestas en las cuales se trasladó a La Habana el salón de mayo 67 de París, al que asistieron ciento cincuenta pintores, escultores, intelectuales, escritores y periodistas europeos. La intensidad de la vida cultural llevó a afir-

Mello, Gerardo Molina, Mario Benedetti, Héctor P. Agosti y Augusto Roa Bastos. Véase “Antología de las intervenciones. Imagen del hombre en América Latina en la VII Escuela Internacional de la Universidad de Concepción”, *Alerce*, No. 4, Concepción, junio de 1962; Alex Tarnopolsky, “Imagen de América Latina”, *El escarabajo de oro*, No. 14, agosto de 1962.

¹⁰ Véase Ángel Rama, “Coloquio de Génova: dos tareas que valen un viaje”, *Marcha*, No. 1245, 26 de febrero de 1965.

¹¹ *Historia personal del boom. Con apéndices del autor y de María Pilar Serrano* (1983), Buenos Aires, Sudamericana-Planeta, 1989, p. 46.

¹² Cuba cumplió, además, una función de referencia obligada en las intervenciones de muchos intelectuales. No hay que olvidar que fue también el escenario aglutinante (imaginario y real) de gran cantidad de intelectuales que vivieron en Cuba, siguiendo el ejemplo del Che. Entre muchísimos otros, el uruguayo Mario Benedetti, el haitiano René Depestre, el salvadoreño Roque Dalton, el peruano Javier Heraud, el chileno Enrique Lihn.

¹³ Véase K. S. Karol, *Los guerrilleros en el poder* (1970), Barcelona, Seix Barral, 1972, pp. 399-423; y Saverio Tuttino, *L'ottobre cubano*, Torno, Piccola Biblioteca Einaudi, 1968, pp. 403-408.

mar que: “A pesar del bloqueo y del aislamiento, Cuba es hoy uno de los centros culturales más vivos y originales del mundo”.¹⁴

En suma, a partir de esos encuentros y a raíz de nuevas coyunturas que se analizarán luego, buena parte de la familia intelectual latinoamericana, ya bastante sólidamente constituida, con los cubanos a la cabeza, decidió organizar un congreso internacional de intelectuales. Con la participación de casi quinientos intelectuales de América Latina, Asia y África, se realizó, entre el 5 y el 12 de enero de 1968, el Congreso Cultural de La Habana. Se intentaba romper el aislamiento al que estaban condenados los intelectuales cubanos y ponerlos en contacto con las corrientes de pensamiento más radicales del mundo y con las principales corrientes culturales de vanguardia. Desde el punto de vista ideológico, se trataba de tejer relaciones entre los intelectuales extranjeros (en particular los europeos) y el extraordinario radicalismo de la Revolución Cubana. El temario del congreso abordaba la cuestión del papel de los intelectuales, pero también incluyó cuestiones relativas a las tradiciones estéticas, a la vanguardia y al arte revolucionario. Todos esos acontecimientos motivaron una excepcional afluencia de intelectuales latinoamericanos y del mundo entero.

La consagración de *Cien años de soledad*, entonces, prueba que el toque de reunión, establecido a partir de nuevas relaciones personales y profesionales entre escritores por fuera de sus fronteras nacionales, tuvo un enorme poder para alcanzar consensos; pero hay un capítulo de la historia latinoamericana que muestra el carácter al mismo tiempo conflictivo de esos consensos: es el episodio de la revista *Mundo Nuevo*. La revista apareció en 1966, un año clave para la familia intelectual latinoamericana, en el que se combinan intrincadamente los debates sobre la función del intelectual y la propia institucionalización de la comunidad intelectual latinoamericana. En ese contexto, *Nuevo Mundo* subrayaba el andamiaje modernizador de la cultura y apoyaba la retórica del diálogo y la coexistencia, denunciada por Cuba y sus aliados latinoamericanos como los nuevos y refinados instrumentos del capitalismo; su irrupción quedó así enmarcada en las políticas de cooptación intelectual por parte de los Estados Unidos, y produjo el primero de los fuertes temblores que agitaron a “los nuestros”, tal como habían sido bautizados en 1966 cuando se publicó la versión castellana del libro de Luis Harss.

Rama ya había advertido a la “familia” de la filiación entre la fenecida *Cuadernos* (órgano del “Congreso por la libertad de la cultura”) y su proyectada sucesora, *Mundo Nuevo*, a cargo de Emir Rodríguez Monegal hasta 1968, fecha en que cambió de director y de sede (de París a Buenos Aires). El polémico epistolario con que se inició la vida de *Mundo Nuevo* es la demostración cabal de que la familia existía desde antes: rubricó tanto el efecto del conocimiento personal como la importancia del *nihil obstat* cubano. Para los cubanos, el propósito de ese “engendro” era “trabajar por la neutralidad de la cultura y estimular una gradual despolitización del intelectual latinoamericano”, sedar a los intelectuales. En la primera de las cartas escritas para anunciar a los cubanos los propósitos de la nueva revista, Retamar le envió a Monegal “saludos genoveses”, refiriéndose al congreso de Génova de 1965 en el que habían alternado. La dinámica de la red de revistas solidarias funcionó a la perfección: *Marcha*, *Siempre!*, *La Rosa Blindada* y *Bohemia*, entre otras, publicaron el intercambio epistolar entre Retamar y Monegal, aclarando su apoyo a la posición cubana de rechazo absoluto a

¹⁴ “Cultura y revolución en Cuba”, *Siempre!*, No. 748, 25 de octubre de 1967.

Mundo Nuevo. Una nueva declaración de la *Casa de las Américas*, fechada en La Habana el 5 de octubre de 1967, subrayaba la importancia del papel de los intelectuales en la revolución y, por lo tanto, justificaba el interés norteamericano por cooptarlos.

El caso *Mundo Nuevo* introdujo una cuña entre los acuerdos adquiridos. Consagración o revolución, usufructo de la autonomía intelectual conquistada en la tarea específica de la escritura o fidelidad a las posiciones del programa ideológico antiimperialista fueron las tensiones que atravesaron las decisiones de los miembros de la comunidad. No es casual que precisamente en esos momentos comenzara la discusión del “intelectual como problema”. En primer lugar, el intelectual podía dejarse seducir por las políticas norteamericanas dirigidas a cooptarlo; en segundo lugar, el éxito literario podía hacerle creer que la legitimidad de su discurso, sancionada por anónimos lectores a modo de plebiscito, se sostenía en su propia individualidad; y en tercer lugar, podía o no elegir libremente el camino de la revolución, el sacrificio y demostrar cómo daba contenido a un progresismo hasta entonces sólo proclamado.

La fragilidad de *Mundo Nuevo*, que Monegal debió abandonar en 1968 y que murió, sin penas ni gloria, en 1971, luego de algunos años de agonía financiera y cultural, así como el triunfo final de los “abstencionistas” de México, son las señales más notorias de la capacidad de acción de la corporación intelectual latinoamericana y sus elecciones estratégicas. De allí en adelante, Cuba fue la piedra de toque de los alineamientos del campo intelectual latinoamericano. A medida que se intensificaba el interés norteamericano por los artistas latinoamericanos y la industria de la cultura se exportaba hacia el continente latinoamericano, algunos intelectuales exigieron que se refrendaran de un modo más enérgico y preciso los pactos con la política: es decir, los pactos con la revolución. En un proceso de creciente entropía de la iniciativa en manos de los escritores y el crecimiento de la legitimidad de la Revolución Cubana para la intelectualidad latinoamericana, el Tercer Congreso Latinoamericano de Escritores, realizado en 1970 en Puerto Azul, Venezuela, tuvo menos resonancia que los anteriores.

Los nombres más importantes de la ciudad letrada latinoamericana se alinearon con Cuba y trataron, en adelante, de consolidar un discurso homogéneo, manteniendo las diferencias y discrepancias dentro del ámbito interno de las discusiones familiares, mientras fue posible. Luego del caso Padilla, que llevó a la luz pública esas discrepancias, se produjo una fractura muy importante, en una coyuntura histórico-institucional distinta de la que había producido las primeras disrupciones de 1966, insignificantes respecto del debate que se conoció en 1971.

2. Los dilemas del compromiso

La conversión del escritor en intelectual *tout court* (situado en relación con la dimensión pública) es un proceso que en América Latina se encontraba enteramente consumado hacia mediados de la década del sesenta. Si bien en los comienzos de la constitución de la familia intelectual latinoamericana figuras tan diferentes de intelectual, como las del crítico, el ideólogo, el buen escritor o el militante, podían representar al escritor-intelectual comprometido, tales diferencias fueron consideradas en términos de matices o énfasis, sin afectar ni cuestionar la identidad *progresista* del intelectual. La noción de compromiso funcionó como un *concepto-paraguas* bajo el que se agruparon los demás atributos. Esta complementariedad de figuras diversas configuró un momento particular de la historia intelectual del continente latinoamericano que puede considerarse terminado hacia 1966-1968 cuando, a partir de una

nueva constelación de coyunturas, la legitimidad de la figura del intelectual fue disputada, ya en favor del intelectual como conciencia crítica de la sociedad (una suerte de ideal residual), ya en favor del intelectual-revolucionario. Esta segunda figura de intelectual emergente comenzó a cuestionar la legitimidad de la agenda cultural que había sido productiva y hasta exitosa en la primera mitad de los años sesenta.

Hasta mediados de la *época*,¹⁵ la politización de los intelectuales se expresó con una notación: el “compromiso”. Esa noción no involucraba un programa de acción concreto ni era fácilmente definible y ofreció una sintaxis amplia y una semántica más que confusa. El mayor problema que presentaba la noción era el deslizamiento entre dos polos: compromiso de la obra y compromiso del autor. El compromiso de la obra involucraba un hacer específico en el campo de la cultura y en los programas estéticos, aunque las fundamentaciones sobre cómo se trasladaba a la obra una supuesta “estética del compromiso” no fueran unánimes. La obra comprometida podía ser, para algunos, formulada en términos de la estética realista o de la estética “vanguardista” o de la ruptura.¹⁶ Los defensores del compromiso de la obra en clave realista acentuaron el poder comunicativo y la influencia de la obra de arte sobre la conciencia de los lectores. Los defensores de la tradición de la ruptura afirmaban la paridad jerárquica de la serie estética y la serie política; planteaban como su tarea la de hacer “avanzar” el arte del mismo modo que la vanguardia política hacía “avanzar” las condiciones de la revolución y también formulaban que el compromiso artístico-político implicaba la apropiación de todos los instrumentos y conquistas del arte contemporáneo.¹⁷

Para todos, el desarrollo insuficiente de la literatura latinoamericana respecto de la “gran literatura universal” contribuyó a sustituir otras tradiciones comprometidas del continente (emblemizadas, por ejemplo, en la novelística de Icaza o de Ciro Alegría) y a inventar otras nuevas.

En cuanto al compromiso del autor, sus intervenciones en la esfera pública, su conducta, sus ideas políticas, sus estrategias frente a los enemigos de la revolución, fue una caución necesaria de la noción general del compromiso, porque éste implicaba siempre alguna clase de intervención intelectual que *excedía* la producción literaria o artística en cuestión.

Para la mayor parte de los escritores, la tarea de modernización cultural figuró en la agenda del compromiso, y muchas de las reflexiones sobre literatura de los propios escritores establecieron este vínculo como necesario. En todo caso, el eje de la politización recorre las fundamentaciones estéticas y constituye el centro de todos los debates. Como escribió Julio Cortázar:

Insisto en que a ningún escritor le exijo que se haga tribuno de la lucha que en tantos frentes se está librando contra el imperialismo en todas sus formas, pero sí que sea testigo de su tiem-

¹⁵ La noción de *época* sirve para mostrar la homogeneidad de las problemáticas de las dos décadas que se analizan. He desarrollado la importancia de esta noción para abordar el período en “La situación del escritor latinoamericano: la voluntad de politización”, en AAVV, *Cultura y política en los años sesenta*, Buenos Aires, Ediciones del CBC, 1997.

¹⁶ La notación “vanguardia” para referirse a la producción artística del período es de por sí problemática y merece un análisis capaz de seguir el recorrido de las palabras, artefactos o categorías que la *época* empleó para caracterizar la producción literaria.

¹⁷ De alguna manera, ésta podría ser la posición de Cortázar en su texto “Revolución en la literatura y literatura en la revolución”, *Marcha*, No. 1477, 9 de enero de 1970, y No. 1478, 16 de enero de 1970; y la de *El escarabajo de oro* y *El grillo de papel*. Es, sin duda, también la de Carlos Fuentes, la de Roberto Fernández Retamar (en los primeros tiempos del período), la de Juan Gelman, entre otros.

po, como querían Martínez Estrada y Camus, y que su obra o su vida (*¿pero cómo separarlas?*) den ese testimonio en la forma que les sea propia.¹⁸

El mismo Cortázar (pese a ser uno de los más firmes defensores del papel mediador de la cultura) señalaba, como al pasar, la verdadera disyuntiva: la que separaba la obra de la vida. El problema “compromiso de la obra/compromiso del autor” supuso una tensión permanente, e implicó un reenvío constante entre los dos extremos cuya estabilidad se mostraba imposible. Las transacciones simbólicas sólo lograron funcionar cuando uno de los polos podía dejarse de lado momentáneamente para insistir sobre el otro extremo de la oposición.¹⁹

Precisamente, los momentos que pueden “aislarse” de esos precarios equilibrios señalan estados del campo. La división que se haga entre obra y vida es completamente artificial: uno de los dilemas principales de la noción de compromiso es que impidió, en cualquiera de sus versiones, más allá de declaraciones precisas, discriminar entre estos dos polos: obra y vida.

La conversión del escritor en intelectual fue, además, simultánea con el ingreso de muchos de esos escritores en el mercado (con un momento culminante en 1967), haciendo que fueran conocidos por sus libros y también por sus intervenciones. Esa simultaneidad de los fenómenos afectó la comprensión del lugar de la producción artística, tanto para el público lector, que tuvo acceso a las ideas y posiciones de los escritores, como para los escritores mismos, que se vieron en el centro de una nueva escena. Las expectativas que los intelectuales crearon en torno de sí mismos y que al parecer fueron convalidadas por el creciente interés del público por sus obras otorgaron a estos escritores una nueva *visibilidad*, que produjo lo que podríamos denominar “extensión de la obra literaria sobre el autor”. La vida del escritor fue inescindible de su obra, literatura ella misma, en cuanto se brindaba también a la lectura de los mismos lectores que hojeaban sus libros y consumían sus opiniones e imágenes en los reportajes, que se convirtieron en un género altamente cultivado por las publicaciones culturales.

En un primer estado del campo, estas publicaciones se limitaban a difundir las obras de los escritores. En el paso siguiente, la entrevista reemplazó esa difusión textual y construyó otro tipo de texto que ponía la figura del autor en el primer plano. El reverso de esa extrema exposición pública era que el escritor podía ser enjuiciado desde los ámbitos más diferentes:

El escritor latinoamericano sabe ahora que si sus ensayos o ficciones o sus poemas sirven para que la gente abra los ojos, esos ojos abiertos lo mirarán a él en primer término [...]. La anhelada repercusión se ha producido; el tan buscado eco al fin resuena. Pero no había sido totalmente previsto que repercusión y eco trajeran aparejada una exigencia, una vigilancia, una presión. Frente a cada hecho importante que ocurre en el país o en el extranjero, por lo menos un sector del público quiere saber cuál es la actitud del escritor. Lo interroga, lo urge, lo presiona; la abundancia de reportajes es sólo un síntoma de esa atención.²⁰

¹⁸ “Carta”, *Casa de las Américas*, No. 45, noviembre-diciembre de 1967, p. 11; el subrayado es mío.

¹⁹ La inseparabilidad vida/obra tiene sin duda una tradición vanguardista. En ese sentido, la invención de un “arte de vivir” por parte de los miembros del campo artístico, invención ligada al proceso de modernización de la sociedad y la creciente separación entre esferas de las prácticas y valores sociales, no estuvo ausente de la *época*. El compromiso fue, por cierto, uno de los aspectos centrales de ese arte de vivir en la *época*.

²⁰ Mario Benedetti, “Ideas y actitudes en circulación”, *Casa de las Américas*, No. 43, julio-agosto de 1967.

La posibilidad de este deslizamiento de la obra a la vida era inseparable de la noción de compromiso y, por lo tanto, la inclusión de la conducta y la *autovigilancia* como parte del pacto del intelectual con la sociedad era un curso posible; la *actitud* del escritor-intelectual fue el parámetro con el que se midió la legitimidad político-ideológica de su práctica poética. Los escritores debieron colocar en otra zona su relevancia social para poder continuar escribiendo y legitimando su literatura. Una transacción a la que adhirió, por ejemplo, Julio Cortázar, quien se vio compelido a justificar –en un plano ideológico– el hermetismo de 62, *modelo para armar*, y ofreció como moneda de cambio para escribir, en registro neovanguardista, su adhesión a la revolución. La obra o la vida: en aquellos peligrosos caminos, cualquier encrucijada enfrentaba al escritor con esta dura alternativa, como ya lo había intuido Cortázar.

La alta conciencia de las fallas e imperfecciones determinadas por la situación de la escritura y los escritores, en un continente donde la separación entre los productores y los consumidores culturales y las masas sin acceso a los bienes culturales acompañó cada paso de la producción artística, por una parte; y la convicción de que un nuevo modelo de sociedad produciría hombres diferentes y mejores y nuevas sensibilidades, por otra, reforzó el carácter precario (pero claramente orientado respecto de las aspiraciones colectivas) tanto de las fórmulas estéticas como de las conductas intelectuales.

3. En busca de una nueva definición

Sencillamente nos ha sucedido que en el trance de elegir entre revolución y literatura, hemos optado por la primera.

Mario Benedetti²¹

Como aclaró con puntos y comas el cubano Lisandro Otero al opinar sobre la función del intelectual en las luchas por la liberación, el primer deber era “la dejación del examen crítico *excesivo*”.²² Es decir, *de todo examen crítico*, ya que excesivo es apenas una concesión del discurso. A partir de 1966 en adelante aparece una masa de artículos, proclamas, intervenciones, en los cuales la familia intelectual comenzó a discutir su propia función, lugar e identidad, bajo la etiqueta “el problema de los intelectuales”. A partir de entonces se exasperó cuantitativamente una suerte de disciplina que abordaba al intelectual como animal político, una especie de *intelectualología* llevada a cabo por los mismos intelectuales.²³ La señal más emi-

²¹ “Las prioridades del escritor”, “Cuba. Nueva política cultural. El caso Padilla”, *Cuadernos de Marcha*, No. 49, mayo de 1971, p. 45.

²² Respuesta a la encuesta de Carlos Núñez, “Una encuesta desde Cuba. El papel de los intelectuales en la liberación nacional”, *Marcha*, No. 1292 y subsiguientes, febrero de 1966, y *Casa de las Américas*, No. 35, marzo-abril de 1966.

²³ Esta pregunta latinoamericana respecto de la identidad intelectual confluye con la reflexión en curso en Europa: véase por ejemplo *Unión*, La Habana, No. 3, 1967, consagrada al tema “Los intelectuales en la sociedad”. En esa entrega se publica un fragmento del libro del mismo título de Frederic Bon y Michel-Antoine Burnier. Un dossier de la revista francesa *Arguments* es traducido en parte en el libro editado en Buenos Aires por Rodolfo Alonso que incluye textos de Edgar Morin, Roland Barthes y otros, con el título *La cuestión de los intelectuales*. Véase también el texto colectivo firmado por Ricardo Piglia, Ismael Viñas y Andrés Rivera, “Repeticiones sobre los deberes del intelectual”, *Problemas del Tercer Mundo*, No. 1, abril de 1968; Ismael Viñas, “Aclaraciones sobre repeticiones: ¿Qué es un intelectual?”, *Revista de problemas del Tercer Mundo*, No. 2, Buenos Aires, diciembre de 1968.

nente de la problemática en curso fue sin duda la encuesta sobre el papel de los intelectuales en las luchas de liberación realizada en Cuba por el periodista uruguayo Carlos Núñez a los escritores que participaron de la reunión Tricontinental, en el año 1966. Recordemos que en ese mismo año, el senador norteamericano Robert Kennedy afirmó en un discurso televisado que la revolución en América Latina era inevitable: ¿qué estaban haciendo los intelectuales para colaborar en ese proceso?

Un poema del líder vietnamita Ho Chi Ming, que empezó a circular como expresión del problema, formulaba con una metáfora la tensión entre palabra y acción que está en la base de la consideración “revolucionaria” del intelectual:

Los antiguos se complacían en cantar a la naturaleza, ríos y montes, humo, nieve y flores, lunas y vientos. Es preciso armar de acero los versos de este tiempo. Los poetas también deben saber combatir.

Para la literatura se trató entonces de explorar, si acaso las tenía, sus propias formas de combate: “el comprometido no debe ser el arte sino el hombre”, “los escritores son revolucionarios de tinta”. Todas las variedades y matices de esta idea pueden recogerse, sin ninguna dificultad, en los correos de lectores de varias publicaciones culturales, en las declaraciones de conspicuos integrantes de la familia intelectual latinoamericana, en los cuestionamientos de las generaciones más jóvenes a sus mayores y en los discursos de los líderes políticos revolucionarios.

El vituperio o la autocritica se asociaron con frecuencia a los diversos homenajes que periodistas, lectores y escritores consagraban a los guerrilleros caídos en la lucha. Revelaban un amplio espectro de experiencias: desde el agudo desencanto hasta la impotencia respecto de la función de los intelectuales que desde esas mismas publicaciones y otras tribunas habían proclamado su fe revolucionaria. De la crítica a la autocritica había sólo un paso que el antiintelectualismo dio. Tal vez la causa fuera, como afirma Roque Dalton, que habían dado durante “demasiado tiempo vacaciones en el desván” a “proposiciones elementales de las concepciones revolucionarias”.²⁴

En el proceso de la politización del intelectual, un fenómeno paradójico terminó por enfrentarlo con la eficacia del hombre de acción, cuya posición es antes pragmática que sustentada sobre una ética del decirlo todo. Dicho de otro modo, la palabra y el acto pueden entrar en sistemas de antagonismo cuando se deteriora la certidumbre de que la palabra constituye alguna forma de acción que pueda vincularse con las exigencias de la política.

La inminencia de la revolución latinoamericana fue acotando los contenidos de lo que se entendía por “política”. De la idea que planteaba que *todo era política*, se pasó a la de que sólo la revolución, “el hecho cultural por excelencia”, como lo determinó la resolución general del Congreso Cultural de La Habana, era política. El único horizonte de la política fue, a partir de entonces, sólo la revolución. Eso implicaba la aceptación de los postulados de la OLAS en el sentido de que la única vía hacia la revolución era la lucha armada, que, por otra parte, se difundía en el continente.

²⁴ Cf. Roque Dalton, “Literatura e intelectualidad: dos concepciones”, *Casa de las Américas*, No. 57, noviembre-diciembre de 1969, p. 100.

El paso que va del intelectual comprometido al intelectual revolucionario puede traducirse en términos políticos como la diferencia entre reformismo y revolución. Las exigencias crecientes de participación revolucionaria devaluaron la noción de compromiso, bajo la cual una gran parte de los intelectuales encontraron sombra y protección durante algún tiempo. Fue manifiesto el intento de redefinición del rol y la función social del intelectual, que al poner el acento en los requerimientos “revolucionarios” (y no simplemente críticos, estéticos o científicos) de la práctica intelectual, afectó sus criterios de legitimidad y validez.

La creciente oposición entre palabra y acción desnudó entonces los límites de la idea del compromiso:

No basta adherir verbalmente a la revolución para ser un intelectual revolucionario, ni siquiera basta con realizar las acciones de un revolucionario, desde el trabajo agrícola hasta la defensa del país, aunque éstas sean condiciones *sine qua non*. Ese intelectual está obligado también a asumir una posición *intelectual revolucionaria*.²⁵

Lo que empezó a aparecer como novedad, entre 1966 y 1968, intensificándose como problema con el paso del tiempo, fue el intento de definir al intelectual revolucionario.²⁶ La balanza que regulaba los polos “arte” y “vida” en la relación de los escritores con la política fue inclinándose hacia el segundo de los términos como parámetro de legitimidad de la acción intelectual. Por eso mismo, muchos intelectuales se preguntaron si no había llegado la hora de abandonar la máquina de escribir y empuñar el fusil, o, al menos, abandonar el goce estético para un futuro en el que la revolución triunfante socializara el privilegio de la cultura.

Considerados caso por caso, los intelectuales terminaron casi por admitir que ninguno de los conocidos, en la medida en que provenían del campo de la literatura, podía considerarse merecedor de la nueva notación. Es así como la pregunta acerca de cuál es la relación del intelectual “revolucionario” y la política constituye un tema que, como afirmó muy gráficamente Cortázar, “tiene la virtud de hacernos sentar a todos sobre un felpudo de tachuelas”.²⁷ La incomodidad experimentada por los escritores para entrar en el nuevo traje, que parecía no estar hecho a su medida, consistía en que los requisitos para pasar a la categoría de intelectuales revolucionarios estaban asociados a la pérdida de confianza en las mediaciones inherentes a las prácticas simbólicas y por tanto en todas las formas del compromiso basadas en las competencias profesionales específicas.

Uno de los aspectos de la nueva autointerpretación era de origen terminológico: en la rápida y continua producción de teorías e interpretaciones sobre el proceso revolucionario en América Latina, la palabra *vanguardia* fue cooptada en forma exclusiva para referirse a la dirección político-militar de los grupos en armas. Numerosos desacuerdos (manifestados notablemente en ocasión de la Primera Conferencia de la OLAS) sobre a quién correspondía, en un plano estrictamente político, denominarse vanguardia de la revolución, vinieron a resolverse,

²⁵ Roberto Fernández Retamar, “Hacia una intelectualidad revolucionaria en Cuba”, *Casa de las Américas* No. 40, enero-febrero de 1967, p. 11.

²⁶ Período que, según Lisandro Otero, fue para Cuba el de la polémica ideológica sobre el papel social del intelectual revolucionario y la cristalización de la conciencia del intelectual revolucionario como contribuyente a la obra común y no como conciencia crítica frente a ella. Cf. “Notas sobre la funcionalidad de la cultura”, *Casa de las Américas*, No. 68, septiembre-octubre de 1971.

²⁷ “Viaje alrededor de una mesa”, *Marcha*, No. 1501, 10 de julio de 1970, pp. 29-31.

al menos en los dictámenes triunfantes de la comisión correspondiente, de modo apodíctico: “en esta Conferencia quedó bien claro que la vanguardia de los pueblos eran los que luchaban con la expresión más alta de lucha que existe, que es la lucha armada...” La legitimidad excluyente del sentido político del término vanguardia quitó un elemento identificador a la noción de intelectual. Por otro lado, el reconocimiento y título otorgado a Cuba como “vanguardia del movimiento antiimperialista latinoamericano” dejó en manos de su dirigencia el poder de autorizar o rechazar otras propuestas, tanto políticas como culturales, enunciadas en nombre de una posición revolucionaria.

A partir de este nuevo momento en que la noción del intelectual como problema abrió paso a la devaluación del intelectual comprometido –cuyo perfil se había constituido durante los primeros años de la década del sesenta–, empezó a circular, entre los propios escritores, un estado generalizado de sospecha.

Un novelista presente en el encuentro de escritores de Chile, en 1969, agobiado por los largos debates sobre el compromiso y la eficacia política de la literatura, terminó por admitir: “no somos nadie”. Leopoldo Marechal, quien estaba a su lado, lo matizó suavemente: “no somos *casi* nadie”. Este diálogo, consignado por la revista *Ercilla*, ocurrió realmente en ese encuentro. El causante de esa súbita confesión de baja autoestima enunciada en plural fue un estudiante que asistía a las deliberaciones y que, frente a un auditorio de celebridades literarias, arrojó una provocación que no sería ni la primera ni la última: “me parece que la literatura, hoy día, no juega ningún papel en América latina”. Según el cronista, la acusación del estudiante contra los escritores presentes perturbó el clima general de serenidad en el que hasta entonces debatían los escritores y el público en un auditorio de Santiago de Chile.²⁸ Carlos Martínez Moreno, uno de los asistentes, declaró: “lo más grave de esto es que el escritor está en todo esto en una condición de sospechado, de sospechado de corrupción, de sospechado de molicie, de sospechado de venalidad”. Ese estado de sospecha invadió a la familia intelectual latinoamericana: interpelada por las vanguardias guerrilleras, los jóvenes y por una fracción del campo ya constituida a comienzos del período, la comunidad intelectual comenzó a constatar que algo se había crispado. Las indeterminaciones que contenía la noción de compromiso se tornaron contradicciones difíciles de asimilar para la anhelada identidad de “intelectual revolucionario”.

Una de las respuestas elaboradas por el campo intelectual supuso la circulación de discursos que cuestionaban las pretensiones intelectuales de incluirse en la rúbrica de revolucionarios. La asociación de la noción de intelectual con la de revolucionario (el “intelectual revolucionario”) en procura de una legitimidad ideológica y política inmaculada dio como resultado una paradoja: en la determinación de la cualidad revolucionaria del intelectual, la historia del problema en la América Latina de los años setenta encontrará, antes que un conjunto de estrategias de acción positivas, una creciente tendencia al borramiento de la identidad o especificidad del carácter intelectual en el terreno de la acción política. En otras palabras, la figura del intelectual revolucionario pudo ser reclamada por los letrados que pasaron directamente a la militancia política (que no fueron todos), o quienes formaban parte del campo antiintelectualista y atacaban los agudamente revelados defectos burgueses de los intelectuales.

²⁸ Cf. “Los escritores frente al compromiso”, *Ercilla*, No. 1788, septiembre de 1969, p. 67.

La pregunta “¿para qué sirven los intelectuales?” tiene innumerables sentidos y puede estar acompañada de diversas entonaciones valorativas. Es una pregunta, además, que suele estar en estado de disponibilidad en la agenda intelectual misma, especialmente en ciertas coyunturas. La disponibilidad de esa pregunta es correlativa a la de una de sus respuestas: los intelectuales no sirven para nada o, más bien, no sirven para lo que creen servir. O, aun: los servicios que requiere la sociedad no son de la índole de los servicios que los intelectuales están dispuestos a prestar. Este conjunto de valoraciones negativas sobre la identidad intelectual puede denominarse *antiintelectualismo*. El antiintelectualismo es una de las predisposiciones de los intelectuales en momentos particularmente agitados de la historia, cuando la apuesta por la acción adquiere más valor que la confianza en la palabra y cualquier otro tipo de práctica simbólica. Es una vituperación que traduce en términos de superioridad la serie política sobre la actividad intelectual, cultural, literaria; es un discurso, no necesariamente “sincero”, que surge dentro del mismo campo intelectual para abjurar de sí mismo enfrentando a sus miembros con otros paradigmas de valor, encarnados por el hombre de acción y el hombre de pueblo. Implica la problematización de la relación de la labor intelectual (en un campo específicamente cultural) y la “acción”, entendida en términos de una intervención eficaz en el terreno político.²⁹

Desde la perspectiva de la historia intelectual latinoamericana, un eje significativo de periodización interna de la *época* es la emergencia y crecimiento de este discurso antiintelectualista entre las filas de los propios intelectuales; emergencia y crecimiento correlativos a la acentuación de la radicalización política de una fracción del campo intelectual en el período que suele notarse como “década del setenta”. Si bien tanto el antiintelectualismo como el “pase a la acción” son inseparables de la estructura de sentimientos disponibles en esas coyunturas en que los intelectuales se enfrentan a demandas de eficacia práctica inmediata, debe destacarse que, a partir de 1966, crecientemente, el antiintelectualismo encuentra una generalización y aceptación casi sin precedentes en la cultura latinoamericana.

¿Por qué se encuentra con tal fuerza esta declaración de la depreciación de los intelectuales? Indudablemente, para muchos intelectuales, la desaparición del sueño de la tercera vía, de la independencia de pensamiento, supuso la adscripción disciplinada a nuevas “tesis” de partido, que requerían cierta homogeneidad de espíritu y la domesticación de las ansias de disidencia. También la urgencia de una participación en una lucha general, de efectividad inmediata, deshacía la esperanza en las mediaciones de mediano o largo plazo, además inciertas. El universo de la denuncia estaba, ya, efectivamente saturado por el consenso general. A la propaganda realizada, sin duda faltaba la acción.

El desprestigio y la depreciación que corroyó la noción de intelectual fue, sin embargo, el resultado de la crispación del proceso de politización iniciado con anterioridad. Como conjunto de tópicos (nada novedosos, por otra parte, puesto que reactualizan conceptos ya repertoriados en la tradición que vincula a los intelectuales con la política), el antiintelectualismo tiende a destacar el carácter de *posesión* que implica toda competencia cultural y a disminuir la importancia política de la práctica simbólica. Quiero subrayar que el objeto de este trabajo

²⁹ Es curioso que el parámetro de eficacia o utilidad con que se midió la acción intelectual fue aún más severo que el que medía la utilidad revolucionaria del guerrillero, cuya valoración aumentaba con el fracaso y la muerte. Como si, en el proceso por el cual se politizaba la discusión sobre los intelectuales, se estetizara la práctica política, resultando ésta más valiosa cuanto más gratuita.

no está constituido por aquellos escritores que abandonaron realmente la práctica simbólica o la redujeron al tiempo estricto que les dejaba la lucha política; me interesa más bien analizar los discursos de quienes continuaron produciendo literatura sin abandonar su autoproclamada condición intelectual.

La lucha contra los intentos norteamericanos por establecer instituciones culturales y fomentar programas de estudio convocando a intelectuales latinoamericanos tuvo como resultado inaugurar un nuevo objeto de la crítica: el intelectual mismo y sus debilidades para ser cooptado, tanto mediante las seducciones a su vanidad como a su bolsillo. Un sistema de vigilancia recíproca, que también era autovigilancia, explica el estado de sospecha a que aludía Carlos Martínez Moreno. Como resultado de la disponibilidad del intelectual para la crítica, era posible suponer que su propia figura podía tornarse objeto de ésta. De ese modo es posible entender un resultado de esa crítica que se convertía en autocrítica: la autovigilancia y la posibilidad de constituir el objeto de control de los propios pares. Las descalificaciones personales ganaron terreno a la discusión conceptual. La visibilidad e importancia concitadas por las conductas intelectuales en el marco del intento de instituciones norteamericanas por garantizarse su colaboración abrieron la posibilidad de poner en juicio las actitudes de los escritores y sus relaciones con los Estados Unidos, tal como se reveló en los duros cuestionamientos de los intelectuales cubanos contra Pablo Neruda o en la cancelación de la invitación a Nicanor Parra para integrar el jurado de *Casa de las Américas* a raíz de su viaje a los Estados Unidos y su presencia en la Casa Blanca. La lucha contra la penetración imperialista dejó sus huellas en la familia latinoamericana y preparó el camino para los juzgamientos *ad hominem*. Uno de los crispamientos de la nueva situación atacó directamente la pretensión intelectual de adherir al ideal crítico y a su voluntad de autonomía respecto de los poderes. Lo que se pedía era ya de orden asertivo, constructivo, revolucionario.

En cuanto a la importancia atribuida, en el período inmediatamente anterior a este zócalo de difusión de los discursos antiintelectualistas, a las posibilidades científicas de reflexión sobre la vía armada (teorizadas inicialmente por Debray), ésta se desdibujó, en la medida en que estas definiciones ya habían sido establecidas por la vanguardia armada y la lucha misma que estaba en curso. Resulta interesante destacar que el propio Debray desestimó sus posiciones previas sobre la importancia de la teoría, revisando sus antiguas posiciones con claros acentos antiintelectualistas.³⁰ Y en *Révolution dans la révolution?*, apenas un año más tarde, subrayaba la inclinación natural al error de los intelectuales, debido a sus esquemas mentales, al tiempo que recordaba que Fidel Castro atribuyó a una relación puramente intelectual con la guerra la responsabilidad de algunos fracasos de la guerrilla. Concluía de ello que existía una tendencia natural de los intelectuales a aprehender el presente por medio de una ideología preformada y a vivirlo a través de los libros. Terminaba sosteniendo, lapidariamente, que la más decisiva de las definiciones políticas, la definitiva y única, era la pertenencia a la guerrilla.

Entre otros defectos atribuidos al intelectual, el discurso antiintelectualista veía en la problemática del “desgarramiento intelectual” una señal del egoísmo característico de los intelectuales, quienes sólo a través de un esfuerzo poderoso de conciencia pueden llegar a la comprensión de su responsabilidad social. La dificultad de tal comprensión “provoca en al-

³⁰ Cf. Régis Debray, “Le rôle de l'intellectuel” (1966), en *Révolution dans la révolution? et autres essais*, París, Petite collection Maspero, 1972.

gunos intelectuales una atonía política que puede ir del escepticismo a la desertión”.³¹ El ejemplo de la actitud combativa y revolucionaria lo proporcionarán entonces los estudiantes, que padecían no sólo cárcel, sino verdaderas matanzas que las gobiernos solían reservar a los campesinos y a las masas obreras. Sorprende nuevamente hasta qué punto la historia de la compleja y ambigua relación entre intelectuales y política vuelve a rescatar el valor de la noción –aquí no explícita– de “proletariado intelectual”.³² Una segmentación del campo intelectual que se percibía como novedosa y abarcaba a los estudiantes, los artistas aún sin fama y el amplio grupo de jóvenes que se radicalizaba cada vez más hacia una izquierda revolucionaria que suponía una militancia política activa y, de preferencia, armada.

El “faro” Sartre reformulaba por entonces su noción del compromiso, declarando públicamente que había estado equivocado durante largo tiempo. En un reportaje concedido después de los acontecimientos franceses de mayo de 1968 sostuvo que el tan discutido compromiso era un *acto* y no una *palabra*.³³ ¿Qué ilusiones hacerse sobre la agenda cultural? “Acto y palabra”, “literatura y acción”: estas nuevas oposiciones dibujaron un antagonismo que era contradicción lógica y oposición real. La lente político-revolucionaria afectó necesariamente la autoimagen de quienes se miraban en ella, erosionó la complementariedad de las figuras de intelectual socialmente legítimas y separó –esto es lo principal–, con cirugía fina y precisa, a intelectuales de hombres de acción.

El acercamiento estético a la vía armada no había prescripto inicialmente la participación concreta de los intelectuales en la lucha, aunque los casos de Javier Heraud y Jorge Ma-setti mostraban que la posibilidad estaba siempre latente. En líneas generales, la literatura y el periodismo habían contribuido ampliamente a estetizar el fenómeno de la guerrilla, sin la obligación de que sus autores se sumaran a la lucha.³⁴ Ese vértigo estetizador de la lucha revolucionaria, como contrapartida, contribuyó a dejar en situación de orfandad las pretensiones de eficacia política de las prácticas estéticas en sí mismas. Lo que para la literatura y el periodismo constituía un tema particularmente relevante, alumbraba la zona más confortable del trabajo de la escritura: mientras la imaginación del escritor ponía a combatir a sus personajes, exaltando su espíritu de sacrificio y su valentía, hombres de carne y hueso se exponían al cansancio, el hambre y la muerte en aras de la revolución, deseada por todos.

Buscando acompañar una opinión pública radicalizada, que se expresaba con frecuencia en los correos de lectores de diarios y revistas, el discurso antiintelectualista tuvo su oportunidad de aglutinación y solidez casi definitivos a partir de la muerte del Che, figura cuya luz ensombreció de descrédito a otros modelos y cuya caída en acción puso en jaque a los intelectuales del continente. En todas las publicaciones, a partir del 8 de octubre de 1967, era habitual encontrar una proliferación de textos y artículos ensayísticos y poéticos que bordean la autojustificación de quienes firman, expresando su vergüenza por no empuñar las armas.³⁵

³¹ Cf. Segunda declaración del comité de colaboración de *Casa de las Américas*, emitida el 11 de enero de 1969, *Casa de las Américas*, No. 53, marzo-abril de 1969, pp. 3-6.

³² Cf. Christophe Procasson, *Les intellectuels, le socialisme et la guerre. 1900-1938*, París, Seuil, 1993.

³³ Cf. John Gerassi, “Nueva entrevista con Jean-Paul Sartre. El compromiso es un acto, no una palabra”, *Marcha*, No. 1554, 30 de julio de 1971.

³⁴ Cf. “Reunión”, de Cortázar, *Los fundadores del alba*, de Prada Oropeza, las decenas de reportajes a líderes guerrilleros, *País portátil*, de Adriano González León, *La guerrilla tupamara*, de María Ester Gilio, etcétera.

³⁵ El primer aniversario de la muerte del Che produjo un estallido poético, llevado a cabo por profesionales y aficionados. Lo más destacable es, sin embargo, la aparición, en contigüidad con el homenaje al guerrillero caído, de un nuevo modelo de poesis.

Los escritores acusaron muy fuertemente el golpe y muchos se sintieron los destinatarios primordiales del sacrificio, leído como llamado e interpelación, pues sólo lograría valor cabal produciendo sucesores: “el sentimiento de vergüenza es sólo redimible empuñando el arma que él dejó”. El fenómeno de la vía armada se tornó el hecho principal ante el cual los intelectuales debían medirse, su ordalía.

Acontecimiento pensado como un hito, sirvió para repensar el pasado y reescribir la historia reciente: “La muerte del Che Guevara marca un nuevo momento en la revolución”, declaraba el comité de colaboración de *Casa de las Américas* en un intento por rehistorizar el estado de la revolución latinoamericana y la posición de los intelectuales, un año y medio después de los sucesos de Bolivia, que dictaminaron un repliegue notable de las guerras de guerrillas en el continente.³⁶ Curiosamente, el retroceso real de muchos de los movimientos guerrilleros (que tuvieron que asimilar las muertes de sus líderes más importantes) no fue reconocido por los discursos político-periodísticos; por el contrario, en ellos se hizo más y más necesario continuar las predicciones exitosas y confirmar el camino de la vía armada (obstaculizado por la maquinaria represiva de los ejércitos, puesta a punto por los gobernantes, en la mancomunada defensa de los intereses políticos y económicos que se oponían al cambio del *statu quo*) como el único posible. La figura de los mártires culpabilizó a quienes todavía no habían combatido con las armas y los obligó a promulgar un nuevo *diccionario revolucionario*, del que se eliminó definitivamente el término “derrota” y se lo reemplazó por el más neutro “contraste”, recordando de paso que la Revolución Cubana había nacido del desastre del Moncada, símbolo auténtico del sacrificio revolucionario.

Altamente sintomática de las posiciones dominantes dentro de la izquierda latinoamericana fue la polémica en que se vio cuestionado Francisco Julião, dirigente brasileño del nordeste, creador de las ligas campesinas. Julião describe aquel momento histórico como el triunfo de la contrarrevolución, a contrapelo de las visiones más optimistas que auguraban exactamente lo contrario. A partir de su diagnóstico, el dirigente brasileño planteó la conveniencia de la consolidación democrática del sistema y por lo tanto propuso que la izquierda debía confiar en las elecciones como método para acercarse al Estado, en una especie de “espera táctica” de nuevas condiciones apropiadas de lucha.³⁷ Señal de que la política como valor positivo se hallaba restringida al alto ideal de la revolución, la propuesta fue atacada por varios intelectuales como una defección o traición imperdonable. Paulo Schilling, otro dirigente, le había respondido que renunciaba al título de agitador y que apenas podría reivindicar el de “bombero”.³⁸

Algo similar le pasó a Carlos Quijano, quien publicaba “recuadros” en *Marcha*, en los que se manifestaba en contra de muchos actos tupamaros, especialmente los secuestros. En el

³⁶ El efecto que el fracaso del intento guerrillero en Bolivia supuso en el ámbito específico de los distintos movimientos de la lucha armada excede las posibilidades de este trabajo, pero debe anotarse que la desaparición del Che coincidió con un retroceso generalizado de la guerra de guerrillas en América Latina (que más tarde conocerá un renacer con las formas de la guerrilla urbana, sobre todo en la Argentina y el Uruguay). Antes que Guevara, habían caído Luis de la Puente y Lobatón en el Perú, Fabricio Ojeda en Venezuela, Turcios Lima en Guatemala, Camilo Torres en Colombia. El fortalecimiento de los ejércitos nacionales, adiestrados en academias norteamericanas para encarar nuevas y contundentes formas de represión con ayuda norteamericana, los convirtió prácticamente en fuerzas de ocupación en sus propios países, generalizando el uso de la tortura de manera inédita hasta el momento.

³⁷ “Carta abierta a los jóvenes revolucionarios brasileños”, *Marcha*, No. 1502, 17 de julio de 1970.

³⁸ Cf. “El suicidio político de Julião”, en *Marcha*, No. 1503, 24 de julio de 1970.

número 1466, con el título “Rehenes y atentados”, se reproducía una carta que Kropotkin enviara a Lenin en 1920, en la que se pronunciaba en contra de la utilización de rehenes. Estos famosos recuadros le valieron una “carta de lector” escrita por un colaborador del semanario: Híber Conteris le reprochaba a Quijano “en nombre de lo que *Marcha* fue y sigue siendo para los hombres de mi generación”, que no se solidarizara con quienes “decidieron comenzar una forma de lucha que más tarde o más pronto, tendrá que librarse no sólo aquí sino en el resto de América Latina”. Como matriz explicativa y afectiva, según René Depestre, la revolución transcendía en realidad los límites de la política y de la estética.³⁹

El espacio revolucionario así vislumbrado admitía un único protagonista privilegiado en esa coyuntura: el dirigente revolucionario, el guerrillero. Al intelectual le quedaba sin embargo un rol de exégeta y a menudo de censor, que los sectores antiintelectualistas practicaron para descalificar a otros intelectuales. Es precisamente esto lo que expresaba la declaración del Congreso Cultural de La Habana (1968) al postular que la revolución *acosaba* más severamente al intelectual, por la simple presencia y contigüidad del ejemplo guerrillero. Si la existencia de las guerrillas rurales culpabilizó a los intelectuales, el fenómeno del surgimiento de la guerrilla urbana, que acentuó esa contigüidad, aceleró la problematización de la relevancia intelectual medida en términos de eficacia política.

La expresión *intelectual revolucionario* escondía además pretensiones de emulación –los letrados no podían equipararse a los héroes–, y se volvía un oxímoron: sus dos componentes eran vehículo de dos valores que entraban en contradicción, de manera que uno debía ser eliminado o, en todo caso, subordinado al otro. En pocas palabras, así como es el consenso social lo que sanciona la identidad intelectual, la identidad revolucionaria se funda también en un reconocimiento externo, el de los revolucionarios ya consagrados como tales, los revolucionarios puros, como Fidel o el Che.

Los cultores del antiintelectualismo latinoamericano transitaron rápidamente un recorrido que iba consumiendo toda valoración positiva de la cultura. Del rechazo de ciertas formas culturales “elitistas” pasaron a una impugnación de la cultura en sí misma. Por supuesto, esto supuso rechazar el lugar concedido en ciertos círculos intelectuales (modernizantes y atentos a las modas teóricas del mundo) a las “especulaciones lingüísticas” que consideraban que la característica más relevante del siglo era la “ideología estructuralista”, en lugar de destacar la aparición del socialismo. En esos términos polemizó Fernández Retamar desde *Casa de las Américas*, estableciendo una relación causal entre estructuralismo y posición burguesa de clase en el universo intelectual. De este modo Retamar atacaba, por un lado, teoría e ideología, fusionándolos en un bloque, y, por otro, a sus antagonistas Carlos Fuentes, Severo Sarduy y Emir Rodríguez Monegal.⁴⁰ En la misma línea, José Antonio Portuondo afirmaba que el estructuralismo era la más reciente fetichización del simbolismo idealista burgués y Oscar Collazos justificaba su desconfianza respecto de la cultura acusando a los nuevos paradigmas teóricos de promover “la delirante fiesta de un formalismo que vuelve a tentarnos en nombre de la ciencia”.⁴¹ Las alturas culturales se convierten en el equivalente del tópico de las *manos limpias* y la cultura en sí, un síntoma del terror a la acción. Cualquier comparación, en cualquier época, entre la miseria del mundo y una obra de arte obliga al mismo reconocimiento.

³⁹ René Depestre, “Carta”, *Casa de las Américas*, No. 45, noviembre-diciembre de 1967.

⁴⁰ Roberto Fernández Retamar, “Calibán”, *Casa de las Américas*, No. 68, septiembre-octubre de 1971.

⁴¹ “Escritores, revolución y cultura en América Latina”, *Casa de las Américas*, No. 68, citado.

La depreciación antiintelectualista reunió un repertorio de nuevos rechazos: el cosmopolitismo, la erudición, la cultura extranjera y los escritores adeptos a “lujos exquisitos”: “¿Qué nos importa Joyce, tan seguido e imitado? Él es un producto de la cultura británica, irlandesa, dublinesa, y por supuesto europea”.⁴² El exabrupto de Guillén entraba por fuerza en relación con las palabras que Carpentier dedicara a Joyce en 1967, elogiando el *Ulises* como un libro “que no deja de obsesionarnos desde hace más de treinta años”.⁴³

Sólo la política en sentido estricto permitiría en realidad el pasaje de clase, “dejar de ser un pequeño burgués”, condición que identificaba al intelectual. El campo del arte y la literatura, restringido como práctica y objeto de consumo a una minoría del cuerpo social, fue así percibido como esfera intrínsecamente autónoma, es decir, no socializada e incapaz de serlo. Si la sociedad como *público* había sido una aspiración ferviente a comienzos de la *época*, asistimos ahora a una radicalización de la exigencia para la cual *cultura* es un espacio social si y sólo si el conjunto de la sociedad es capaz de *producirla*.

Aun si puede identificarse estructuralmente una diferencia entre variantes del arte por el arte y variantes de un arte social (las exhortaciones a abandonar el cultivo del arte, con su componente retórico e ideológico, no hicieron sino devaluar el arte, sin impedir su existencia), la forma en que se encaró el estatuto social del arte sólo vio su zona autónoma y escindida del resto de las prácticas sociales. En otras palabras, el antiintelectualismo afirmaba la impotencia de la cultura para llevar a cabo esas acciones o, como sostuvo Ismael Viñas, “no existen las recetas que enseñen cómo ‘militar en la propia obra’ ”.

Desde la cárcel, el dirigente campesino peruano Hugo Blanco escribió una carta a “los poetas revolucionarios y a los revolucionarios poetas”. En ella interpelaba a los “camaradas, camaradas poetas”, pidiéndoles que resucitaran a Vallejo y a Heraud “porque los necesitamos con urgencia”. Y añadía “necesitamos poetas que escriban a pedido...”⁴⁴ La escritura “a pedido” no formaba precisamente parte del ideal estético de la gran mayoría de los escritores-intelectuales, como tampoco la elaboración de poemas que pudieran ser “cantados por los milicianos en el combate”, como había sugerido el poeta turco Nazim Hikmet en una entrevista concedida a *Lunes de Revolución*.⁴⁵

Asturias, Carpentier y Vargas Llosa reconocían esa deficiencia de la cultura en una mesa redonda realizada en París, en mayo de 1967, para discutir el tema del escritor latinoamericano. Por un lado, confesaban la impotencia del arte para realizar transformaciones sociales, subrayada por el hecho de que las grandes mayorías que interesan al escritor están relegadas del mercado cultural. Aunque verificaban la separación entre el escritor-intelectual y su medio, continuaban exponiendo las antiguas convicciones vinculadas con el ideal crítico: que la labor del escritor constituía una vocación de renuncia y combate, que la función del novelista latinoamericano era elaborar una literatura de protesta contra una realidad disgregante (protesta, claro está, no asimilable a la denuncia panfletaria), y que la literatura contribuía a la toma de conciencia de las masas. Sin embargo, la brecha entre escritor y sociedad volvía imprescindible referirse al “*problema del escritor*”, cuya resolución solamente puede darse en su inserción en un proceso revolucionario, tal como lo habría demostrado la expe-

⁴² Nicolás Guillén, “Sobre el congreso y algo más...”, en *Verde Olivo*, No. 22, 30 de mayo de 1971, p. 8.

⁴³ Véase Alejo Carpentier, “Papel social del novelista”, *Casa de las Américas*, No. 53, marzo-abril de 1969.

⁴⁴ Cf. *Oiga*, Lima, 24 de octubre de 1969.

⁴⁵ No. 109, 11 de junio de 1961.

riencia cubana. De hecho, la solución que Vargas Llosa propuso para el Perú, “el fusil y la montaña”, no tenía nada de literaria.⁴⁶

“¿No habrá llegado el momento de decidir que pensar-escribir no basta?” La pregunta, formulada por Carlos Núñez en *Crónicas de este mundo*, estaba predeterminada. Aquí sí podría plantearse una clara escisión entre comportamientos culturales y comportamientos políticos. El fusil y la montaña de Vargas Llosa eran la solución para el Perú, pero no eran, como el propio escritor reconoció entonces, “la solución para la literatura latinoamericana”. Revolución y literatura transitan andariveles separados: parece no ser ya necesaria la elaboración de un programa estético en sintonía con la política. La nueva situación supone la posibilidad de que los escritores escriban “como sientan y se les ocurra” siempre que, llegado el “momento de la lucha concreta y efectiva, provocada y producida por los políticos y los hombres de acción, [puedan] tirar los papeles a la mierda y pelear”.⁴⁷

La apelación al deber de producir obras “fuertes y bellas”, que respondieran “con fuerza épica a la necesidad, cada día más exigente, del arte en el hombre”, que había reclamado Hugo Blanco, no debe impedir constatar que el llamado estaba entonces, como siempre, acompañado de una cláusula adversativa. Aun cuando los escritores escribieran a pedido, sus obras servirían para que los *revolucionarios* marcharan cantando:

Todos los factores que definen y fundamentan mejor nuestra responsabilidad y nuestra legitimidad de escritor quedarían en nada, en nosotros y en nuestros libros, si no hiciésemos los esfuerzos necesarios para ser auténticamente revolucionarios. Una nueva visión del intelectual, pensador y hombre de acción, hombre de verdad y hombre de profunda ternura, nos es ofrecida ya en las figuras de Fidel Castro y Ernesto Guevara, de Fabricio Ojeda y Douglas Bravo, de Régis Debray y Amílcar Cabral, de Frantz Fanon y Camilo Torres. Estos ejemplos muestran que el servicio de la revolución es hoy el más alto de los deberes y la fuente misma del honor latinoamericano.⁴⁸

En rigor, es la ausencia misma de función de la literatura lo que el antiintelectualismo postula, puesto que entiende como función exclusiva la función revolucionaria. La ausencia de esa función no sólo plantea la insignificancia del poder crítico del arte, sino que, más aún, equivale al cumplimiento de una función opuesta. Se desprende de ello una concepción del arte como esfera integradora, vehículo de clases dominantes a través de sus componentes ideológicos. El antiintelectualismo asignaba a este estado de cosas un carácter provisorio: formaba parte, por así decir, de una evaluación de la coyuntura. No propuso, en abstracto, la abolición definitiva de toda esperanza en relación con la creación artística. La historia (la larga, casi eterna duración del denominado “período de transición” que se extendía entre el burgués y el hombre nuevo) y no la teoría anulaban las posibilidades de un arte que fuera también revolucionario. Y sin embargo, este salvataje del arte a largo plazo proporcionó al antiintelectualismo nuevos argumentos. De nuevo, no era el arte sino los artistas los culpables del presente.

⁴⁶ Cf. el comentario del encuentro en Hiber Conteris, “El escritor latinoamericano”, *Marcha*, No. 1353, 20 de mayo de 1967.

⁴⁷ Afirmaciones del dramaturgo Ricardo Talesnik en Julio Morandi, “El teatro argentino visto por tres autores”, *Marcha*, No. 1496, 5 de junio de 1970, p. 23.

⁴⁸ René Depestre, “Carta”, *op. cit.*, p. 40.

El antiintelectualismo afectó sólo parcialmente la *palabra* “intelectual”, resguardándola cuando se aplicaba a “verdaderos intelectuales”, como Fidel o el Che Guevara. En gran parte, el antiintelectualismo fue una respuesta funcional del campo intelectual frente a la dirigencia partidaria y de la dirigencia partidaria frente al campo intelectual, en un momento de desequilibrio en favor de los líderes políticos. La positivización del término se fundó en la exclusión de quienes lo ocupaban tradicionalmente en calidad de una autodenominación que implicaba un legado social, por el cual los intelectuales eran objeto de una delegación *de hecho*, global y tácita.⁴⁹ Como estructura de tópicos y sentimientos totalmente extendida en la cultura de izquierda hacia finales de la *época*, el antiintelectualismo fue también la respuesta histórica a un conjunto determinado de expectativas y situaciones concretas.

Debe distinguirse en él, sin embargo, una variante fuerte de una variante débil. No se puede decir que al antiintelectualismo se opusiera una defensa tajante del intelectual, sino más bien una crítica menos virulenta, también empapada de connotaciones negativas y culpabilización. En realidad, el antiintelectualismo obligó a todos los intelectuales progresistas al procedimiento jurídico de *inversión de la prueba*. Puesto que la historia demostraba que el riesgo de todo intelectual era devenir contrarrevolucionario, para defenderse, cada intelectual debía demostrar no *lo que era*, sino *lo que no era*, eternamente disponible para dar fe de su fidelidad a las posiciones revolucionarias. El antiintelectualismo supuso al mismo tiempo una asunción y un diagnóstico de las transformaciones en la esfera pública: el hecho de que los intelectuales estaban dirigiéndose en círculo a una minoría de pares y que la mayoría ya no podía ganarse a través de la crítica cultural o el arte. Así, la sospecha de que sus pretensiones de representatividad estaban viciadas desde el origen afectó íntegramente la identidad social de los intelectuales y los impulsó hacia posiciones antiintelectualistas.

Colocados como estaban en un espacio público desde el cual pretendían no dirigirse solamente a sus pares, estos intelectuales se vieron compelidos a medir la validez de su mensaje en términos de su capacidad para influir sobre la sociedad. De la constatación de que su eficacia no podía compararse con la de los verdaderos revolucionarios y descontando de la fila de los pares a aquellos que por su consagración en el mercado editorial se habían *profesionalizado*, el antiintelectualismo postuló la ilegitimidad de arrogarse el derecho de hablar para los otros o por delegación de los otros: en lugar de interpelar a sus interlocutores y ganarlos para su causa, fueron los mismos intelectuales quienes se autointerpelaron para cumplir con el imperativo ético de justicia e igualdad que habían proclamado como moral específica de su tarea, pero no a través de la palabra. Un estado de autoobservación “culpable” los hizo asumir su condición como producto de un privilegio y la “deconstruyeron”, mostrando que toda defensa de especificidad para su trabajo encubría intereses sectoriales.

El clima del antiintelectualismo estigmatizó como burgueses, contrarrevolucionarios o mercantilistas a todos aquellos que postularon la especificidad de su tarea y reclamaron la libertad de creación y crítica dentro del socialismo, sin sujetarse a la dirección del poder político. Para el antiintelectualismo, la literatura era un lujo al que se debía renunciar, porque al fin y al cabo, para hacer la revolución, sólo se necesitaban revolucionarios.

El antiintelectualismo fue también producto de la dificultad de encontrar una fórmula que equilibrara el antagonismo entre literatura y acción, puesto en cuestión por el agotamien-

⁴⁹ Pierre Bourdieu, “Les intellectuels sont-ils hors jeu?”, en *Questions de sociologie*, París, Minuit, 1984.

to del modelo del compromiso. En este sentido, resulta reveladora una anécdota, consignada en *Marcha* por el periodista Carlos Núñez desde La Habana: un intelectual se lamentaba ante Ernesto Guevara por no encontrar la manera de promover la revolución desde su trabajo específico. El Che le preguntó: —“¿Qué hace usted?”. El interlocutor respondió: —“Soy escritor”. —“Ah —replicó Guevara—. Yo *era* médico.”

El antiintelectualismo tuvo un componente de autoflagelación, cuyo carácter retórico puede llegar a opacar la sinceridad de los discursos. ¿Tributo de subordinado? ¿Cánticos de la mala conciencia? ¿Masoquismo? ¿Prolegómeno necesario para iniciar un combate no figurado contra la burguesía y sus ejércitos? Si bien llegó a plantearse el abandono de la literatura para politizar la función del intelectual letrado, es preciso insistir en que la mayor parte de los discursos aquí recogidos pertenecen a escritores que en muy pocos casos dejaron de escribir, aunque se entregaron con fervor al ritual antiintelectualista. Como sostenía Roque Dalton, la revolución los ponía “cara a cara con el espejo de la realidad y no debemos asustarnos si no lucimos de lo mejor”. ¿Qué hacer?

Para un escritor latinoamericano, desenajenarse no significa en estos momentos encontrarse en el espejo como un Baudelaire marxista, sino verse como el hijo de un pueblo de analfabetos y descalzos, tuberculosos y humillados, que comenzando por reconocerse feo de todas partes, sabe que ha entrado, a través de la transformación histórica revolucionaria, en la vía que le permitirá obtener, por medio del trabajo liberado (y hombro con hombro con todos los miembros de la sociedad), la realización de su integralidad humana en el más alto nivel de su tiempo.⁵⁰

De modo que fueron dos los conjuntos de prácticas y saberes idealizados entre los cuales se ubicó el intelectual antiintelectualista: los revolucionarios puros y las masas. Entre la acción de unos y el sufrimiento y opresión de los otros, la condición del intelectual se revelaba ineficaz respecto de unos y privilegiada respecto de los otros, y, por lo tanto, tornaba su palabra *ilegítima*. □

⁵⁰ Cf. Roque Dalton, “Literatura e intelectualidad: dos concepciones”, *op. cit.*, p. 99.